

quinaciones incesantes del rey Fernando de Nápoles para extender su supremacía sobre toda la Italia habían excitado serios temores en todas las cortes italianas y naturalmente también en Venecia, cuyo gobierno estaba ya reñido con él por otras razones. Venecia apoyó hasta al gobierno de Florencia contra Nápoles, á pesar de que los florentinos habían hecho todos los esfuerzos imaginables durante la larga guerra entre Venecia y el sultan para excitar á este contra la república y hacer imposible todo arreglo entre ambos beligerantes; todo para aumentar á costa de los venecianos el comercio de Florencia con Levante, tan lucrativo ya bajo el dominio de los turcos como bajo el de los últimos Paleólogos.

De todos modos, en la primavera del año 1480 el gran visir Kedüic Ahmed-bajá con 70 buques y 100,000 hombres de desembarco, entre ellos muchos albaneses y válacos, llegó á la costa de la Pulla. El 26 de julio tomó á Otranto que hubo de sufrir todos los horrores que no dejaban ya de cometer los ejércitos turcos por doquiera se mostraban. Sin contar las crueldades infinitas de que los habitantes fueron víctimas, basta decir que los feroces conquistadores aserraron por mitad del cuerpo con todo el refinamiento diabólico al infortunado comandante de la plaza, el conde Francisco Largo, y al no menos desgraciado arzobispo. Despues saquearon el territorio inmediato, fundieron las campanas de todas las iglesias trasformándolas en cañones, hicieron algunas tentativas contra Tarento, Lecce y Brindis, y enviaron 8,000 habitantes en calidad de esclavos á Albania. Poco á poco empezaron á faltar á los invasores las municiones y los víveres, y al propio tiempo el rey Fernando pudo reunir un ejército suficiente para expulsarlos, de suerte que por fin se embarcaron en el mes de octubre para la Albania despues de dejar en Otranto 8,000 hombres de infantería y 500 jinetes. Mientras el rey de Nápoles sitiaba esta plaza con 50,000 hombres, se esparció la noticia terrorífica de que el sultan hacia grandes preparativos para invadir en persona la Italia. Entonces el rey Fernando y el papa hicieron á porfía esfuerzos desesperados para asegurarse el auxilio de todas las demás potencias. El gobierno de Venecia se excusó, porque aprovechando hábilmente una sublevacion de los maniotas en otoño de 1480, que trataban de proclamar por soberano suyo al rey de Nápoles, habia conseguido del sultan Mahomed un ventajoso arreglo de las diferencias pendientes desde la paz del año 1479 sobre varios puntos, en especial las relativas á la cuestion de límites en Morea. Cuando á principios del año 1481 Antonio Tocco hermano de Leonardo reconquistó con fuerzas napolitanas y mercenarios catalanes las islas de Zante y Cefalonia, se entendió la república de Venecia con el sultan, y con el beneplácito de este ocupó á Zante con sus tropas en el mes de abril de aquel año.

La súbita muerte del sultan, que solo contaba 52 años, ocurrida en 3 de mayo de 1481 en su campamento de Gebise en Asia, cuando justamente estaba en camino con un gran ejército para volver á embestir á Rodas, acabó con todos los temores, tanto de los caballeros de San Juan que nada bueno se podían prometer de la nueva campaña, como de las potencias de Italia y demás países limítrofes del imperio turco. La guarnicion turca de Otranto evacuó la plaza en 10 de setiembre de 1481 bajo la condicion de retirarse con armas y bagajes; pero el hijo mayor del rey de Nápoles, el príncipe Alfonso, duque de Calabria, faltó á su palabra y retuvo prisionera una parte de ella.

## CAPÍTULO II

EL IMPERIO TURCO HASTA LA MUERTE DE SOLIMAN II

A consecuencia de las continuas campañas de Mahomed II el Conquistador, habia quedado el imperio otomano bastante bien redondeado para no tener que pensar por algun tiempo en nuevas conquistas. No habia alcanzado ni con mucho la extension que habia tenido el imperio bizantino antes de la aparicion de los árabes en la escena política: con leve diferencia tenia los mismos límites que el bizantino habia tenido cuando todo el poder estuvo otra vez reunido en manos de Basilio II; es decir, que comprendia todos los territorios situados desde el Mac Adriático y el rio Save, hasta el curso medio del Eufrates. Por el lado Norte imperaba el sultan ya en la orilla septentrional del Mar Negro y en los países danubianos desde los Montes Carpacios hasta la Dobrucha. En el resto de esta obra referiremos cómo los descendientes de Osman se hicieron dueños del Califato en el transcurso del siglo XVI y cómo extendieron durante el mismo siglo su poder sobre los demás países semíticos y africanos que habian formado parte del imperio bizantino en la época mas brillante del emperador Heraclio.

Sin embargo, en la época á que hemos llegado en nuestra narracion, cuando el imperio turco tenia toda la extension que tuvo el bizantino en tiempo de Basilio II y de Manuel Comneno, cuya política habia adoptado también en parte Mahomed II, este imperio, impulsado por el indescribible fanatismo religioso de los turcos, era un peligro mas terrible que el que ofrecieron en otra época los hunos y los mogoles, para el mundo cristiano del Occidente y del Nordeste de Europa, dividido y sometido á innumerables potentados y magnates grandes y pequeños, rudos, egoistas y discolos, mientras el imperio turco, muy al contrario, era grande, y estaba admirablemente organizado y enérgicamente dirigido. El terrible héroe Mahomed tenia para sus súbditos turcos el mérito extraordinario, además de ser un destructor sin rival de vidas humanas y de ciudades, de ser también un gobernante, organizador y legislador de primer orden; porque le tocó cumplir la mision difícilísima de operar la transicion de una organizacion social y política que tenia muchísimo de primitiva á la organizacion turca perfectamente desarrollada del siglo XVI. En efecto, Mahomed II no descuidó absolutamente ningun ramo del gobierno interior de sus Estados; y atendió con igual actividad y solicitud á la legislacion, á la administracion en todas sus esferas así en la corte como en las provincias, como en el ejército y la armada.

A esta organizacion vigorosa y continuamente perfeccionada debió el pueblo turco principalmente su superioridad formidable sobre las naciones vecinas durante muchas generaciones hasta la muerte de Soliman II, organizacion que era efecto á su vez del carácter enérgico y del talento verdaderamente admirable de sus sultanes durante el período indicado, así como de las cualidades especiales de la raza turca, tan apta para la guerra y para dominar á los pueblos sometidos como quizás no lo han sido tanto en el cólmo de su poder los romanos ni los ingleses. El pueblo turco jamás fué tan numeroso como aquellas dos naciones conquistadoras, y mucho menos lo era comparado con los pueblos sometidos, ni aun despues de haberse asimilado la rama seldyúcida y otras asiáticas pertenecientes á la misma raza. Desde luego tenían los turcos una ventaja que no habian tenido los bizantinos, ni tenia tampoco en rigor ningun pueblo europeo, y mucho menos el húngaro y el alemán, á saber: una dinastía firmísimamente establecida. Si en su tiempo el antiguo imperio de

los califas se habia desorganizado por las rebeliones nunca interrumpidas de sus príncipes, altos funcionarios y gobernadores de provincias, el imperio turco no tenia que temer esta causa de destruccion, por efecto de la horrible práctica del fratricidio elevada casi á sistema por los descendientes de Osman, ya en el reinado de Bayaceto I, y despues por Mahomed II. Para explicarse cómo tan horrible crimen pudo elevarse á principio político, hay que tener presentes las consecuencias lamentables que desde tiempos inmemoriales ha producido en todo el Oriente la poligamia. Salvas contadas excepciones, en tales países las diferentes mujeres forman, con los hijos que han dado al jefe de la familia, otros tantos grupos, por lo general enemigos entre sí, aunque no sea sino por la rivalidad de las mujeres mismas; de modo que el odio es cosa ordinaria entre los hijos de un padre poderoso. A esta condicion general se agregó para Mahomed II el recuerdo de las peligrosísimas guerras civiles que despues de la muerte de su padre, el sultan Bayaceto I, condujeron repetidas veces el naciente pero ya poderoso imperio de los Osmanes al borde de su total ruina; y el pueblo turco como Mahomed II tampoco olvidó jamás aquella leccion, y dejó practicar con indiferencia á tantos de sus sultanes el recurso atroz del fratricidio como medida de prevision indispensable.

A la cabeza del imperio turco estaba el Padischá, el Gran Señor (el Gran Turco, como solian llamarle nuestros mayores), soberano autócrata que hasta el año 1473 en que fué vencido el khan Usun Hasan, llevaba el antiguo título de *emir*, y desde entonces se llamó *sultan*. Como en todos los países regidos por un soberano absoluto y autócrata, la prosperidad y poderío exterior é interior del Estado turco dependia principalmente de las cualidades personales del sultan, por lo menos hasta el período del apogeo del poder turco. Su mayor ó menor talento y energía daban la medida de la mayor ó menor influencia que ejercian ó trataban de ejercer el harem y las camarillas de palacio en el ejército y en la administracion. Aparte de estas influencias hubo también siempre en la sociedad turca elementos que constituian en ciertos momentos un dique al poder absoluto de los soberanos, como ciertos usos tradicionales, la opinion nacional y la religion. Una de las obligaciones ineludibles de los sultanes, consagradas por el tiempo, era, por ejemplo, la de presentarse en el lugar del siniestro cuando por las calles resonaba la voz de «fuego», y eso que los incendios han sido en Constantinopla en todo tiempo tan frecuentes como extensos. Si en semejante momento el sultan se encontraba en el harem, le participaba la noticia de la calamidad que afligia á su capital una odalisca vestida de los pies á la cabeza de un ropaje de color de púrpura, porque en el harem regian ordenanzas, usos y etiquetas perfectamente circunscritos y fijos. La opinion pública, como en Persia en tiempo de los Aqueménides, cuando el país estaba en su mayor auge, exigia de cada sultan nuevo alguna empresa grandiosa y brillante, y como cosa corriente la construccion de nuevas y suntuosas mezquitas con su dotacion costosísima á causa de las fundaciones anexas, algunas otras fábricas deslumbradoras é instituciones religiosas y benéficas.

Finalmente la costumbre requería que el sultan fuera en general dadivoso, amigo y amparo de los musulmanes pobres y desgraciados. Además de todo esto todos los sultanes eran mas que ningun creyente esclavos sumisos de la religion y del Coran. Esto justificaba todas las guerras y conquistas con tal que fuera unida á ellas la propagacion del islamismo; y de esto nació una nueva barrera contra la omnipotencia de los sultanes, á saber: la influencia de los ulemas, que son personas que se dedican al servicio de la religion, de la ley y de la justicia, carrera especial mahome-

tana que requiere muchos años de estudios asiduos, y da á sus representantes, además de la instruccion especial pero profunda, una autoridad é inmunidad naturales é indiscutibles, realizadas por el traje que los distingue de los demás turcos. Forman parte del cuerpo de los ulemas por un lado, las personas afectas al servicio de la religion y del culto, como los *imanes* que recitan las oraciones de reglamento ante los fieles en las mezquitas, los *jeiques* ó predicadores y también los dervises. Por otro lado pertenecen á la clase los profesores y los jueces por orden de categoría; de los jueces se proveian los puestos de alcalde mayor, ó sea magistrado superior de cada ejército; y de juez se pasaba á *mufti*, que son los doctores de la ley divina y humana, las teologos y jurisperitos civiles, segun el sistema del iman *Hanefi* (1), á quienes los sultanes, jueces y alcaldes consultan en todos los casos dudosos ó difíciles y dan sobre ellos sus decisiones (*fatwas*). Por una de ellas autorizaron los mufties al sultan Mahomed II para asesinar al último rey de Bosnia, y por otra sancionaron la práctica del fratricidio. Finalmente en la clase de los mufties se proveia desde el tiempo de Soleiman el Grande la vacante del mufti del imperio en general y en particular del de Stambul que lleva el título de *cheik-ul-islam* y examina bajo el punto de vista de la ley sagrada y en su caso legaliza los actos del gobierno. El chek-ul-islam es el doctor supremo de la ley, jefe de los ulemas, administrador de la mayor parte de los bienes eclesiásticos, y decide frecuentemente en última instancia hasta de cuestiones complicadas de política extranjera; porque el imperio turco ha sido desde un principio un Estado mahometano por excelencia, mas mahometano que católica ha sido quizás ninguna monarquía europea. Por esto han estado siempre estrechísimamente ligados entre sí todos los pueblos, aun los mas diferentes por otros conceptos, que profesando la ley de Mahoma, han formado y forman parte del imperio turco. La organizacion interior de este imperio así como todas sus instituciones, leyes y costumbres se derivan del Coran ó se adaptan á él y á sus comentarios, y todo el edificio político y social llamado imperio turco pretende ser obra é imagen de la voluntad divina. Así los deberes que el islam impone á sus adeptos, como la oracion, las limosnas, los ayunos, la peregrinacion y la guerra contra los partidarios de otras religiones eran en Turquía durante siglos deberes tanto religiosos como civiles.

La constitucion política era ante todo enérgicamente centralizadora, y su mecanismo administrativo era tan sencillo como eficaz. Mahomed II le dió mas fijeza, precisando las atribuciones y categorías, hasta en los sueldos y beneficios desde los mas altos dignatarios hasta el último empleado. Adoptó muchos detalles de la organizacion civil y de hacienda de las administraciones bizantinas; pero en todas partes reemplazó el personal que encontró en los países conquistados, por funcionarios turcos que en su tiempo justificaron su preferencia por su mayor probidad y sencillez. El fondo sin embargo de la organizacion del imperio estaba calcado sobre el pasado nómada de la nacion. Los magnates del imperio reunidos en el divan y presididos por el sultan Mahomed II en persona, hasta que en el último período de su vida encargó la presidencia al gran visir, constituian una especie de consejo de Estado, y cuatro de ellos se llaman las columnas del imperio en memoria de los cuatro palos que sostenian la tienda de los emires nómadas. Estas columnas son los visires, los cadiascares, los defterdares y los nichandies. Los visires son los lugartenientes y primeros

(1) El iman Hanefi fué fundador de una de las cuatro sectas tenidas por ortodoxas en el mahometismo. (N. del T.)

consejeros del sultan; y el gran visir es en asuntos que no se rozan con las atribuciones religiosas del sultan, el lugar-tiene de este con plenos poderes y jefe supremo de todos los ramos administrativos. Sus insignias eran cinco colas de caballo, distintivo característico que data de la época en que las tribus turcas pasaban su vida nómada montados en sus corceles. Su sueldo en el reinado de Mahomed ascendía á 200,000 asper (50,000 reales). Los cadiscares ó jueces supremos de los ejércitos decidían las cuestiones de derecho entre los jefes y soldados y todos los súbditos en general. Hasta el fin del reinado de Mahomed II solo había habido un solo funcionario de esta clase, pero Mahomed nombró otro, uno para la Turquía asiática y otro para la europea. A estos magistrados supremos incumbía el nombramiento de todos los jueces rurales y urbanos. Los *defterdars* eran los jefes directores de administración y principalmente de hacienda; á ellos incumbía el reparto y cobro de impuestos y la contabilidad. Al principio había solo dos *defterdars*; pero Mahomed creó dos mas. Los *nichandies*, que figuraban como la cuarta columna del imperio, venían á ser los secretarios de Estado ó jefes de despacho, que posteriormente recibieron un jefe, especie de gran canciller llamado *reis-fendi*. Los *nichandies* redactaban las órdenes y despachos del sultan y á su cargo corrían también las negociaciones con las potencias extranjeras.

Como sucedió en tiempo de los Constantinos y emperadores posteriores, formóse y perfeccionóse también en la corte de los sultanes y en su personal administrativo una distinción exterior de las graduaciones de dignidad y de categoría, con el aparato ceremonioso correspondiente y variadísimo, esta vez con el tinte oriental, la riqueza de colores y otros distintivos vistosos á que tan aficionados son los pueblos asiáticos. La forma del turbante y de las mangas de las batas y caftanes, la calidad de las pieles empleadas en los vestidos, el color de los forros, los adornos de las sillas de montar, la barba, ora corrida, ora sin las patillas, eran todos distintivos visibles al primer instante de determinadas clases para que no se confundieran sus individuos con la masa de la población. Los mufties llevaban traje blanco, los visires verde claro, los mayordomos escarlata. Los empleados de palacio llevaban en general botas amarillas, excepto los altos funcionarios que las llevaban de color encarnado. Los ulemas principales se distinguían por un traje morado y botas azules; los *mollahes* ó jueces en las ciudades grandes se conocían por su ropaje azul claro, y el caballerizo mayor y el portestandarte iban vestidos de color verde oscuro (1).

La organización de las provincias estaba estrechamente relacionada con la del ejército, pues que la guerra contra los infieles, la guerra santa y de consiguiente la conquista, forman durante siglos la esencia de la historia del imperio turco, y eran también la vida del pueblo y se armonizaban con sus costumbres y su religión. Así para los musulmanes en general, y para sus gobiernos en especial, y mas para el turco que

(1) De paso diremos respecto de la servidumbre del harem y de su dirección, que ocupaba el primer puesto el mayordomo mayor llamado Capu-Agá, que quiere decir, jefe de la Puerta, esto es, el que en un principio velaba sobre las personas y cosas que entraban y salían en la tienda del emir, y en el serrallo ó palacio cuando el pueblo turco se hizo sedentario. Este alto empleado era siempre un eunuco blanco, que tenía á sus órdenes un numerosísimo cuerpo de pajes llamados servidores de la Puerta. Venía después el mayordomo segundo á cuyo cargo estaban la mesa, el guardaropa y los jardines, y el cual para estos servicios disponía también de un personal numerosísimo. Por último tenía poderosa influencia sobre el sultan el kislár-agá, jefe de los eunucos negros, que cuidaba del buen orden y servicio en las habitaciones destinadas á las mujeres, sin exceptuar la madre y las hermanas del sultan.

absorbió á muchos pueblos mahometanos, todo el ámbito de la tierra se dividía en dos partes: la casa del islam (*dar-ul-islam*), y la casa de la guerra (*dar-ul-harb*). La primera parte comprendía los países mahometanos y aquellos no-mahometanos ó cristianos sometidos ó tributarios ó bajo la protección del islam; y formaban la segunda parte todos los demás países á los cuales era el deber del pueblo turco someter á la ley de Mahoma y á sus representantes segun manda el Coran. Esta manera de ver hacia de las naciones mahometanas, y en primer lugar la turca, naciones belicosas y conquistadoras; y por eso el imperio turco estaba montado militarmente y tenía la fuerza armada tan admirablemente organizada y siempre en pié de guerra. El gobierno de las provincias turcas tenía, pues, muchos puntos de contacto con el de las provincias del antiguo imperio romano cuando todavía era república; y los gobernadores turcos participaban de las atribuciones de los antiguos sátrapas persas y de los *procónsules* romanos.

A la cabeza de toda la administración, dividida en asiática y europea, había para cada una de estas dos grandes subdivisiones un gobernador capitán general, con el título de *begler-bey*, que ostentaba dos colas de caballo por distintivo de su categoría. Inmediatamente inferiores á este funcionario eran los gobernadores de los distritos militares. Varios de estos distritos reunidos bajo un solo mando formaron después los *bajalatos*, gobernados por un *bajá*, dignidad que al principio era puramente honorífica y se atribuía solo á los mas altos funcionarios del Estado. Los gobernadores de los distritos ó provincias, que los turcos llaman *sandyac*, eran los *sandyacbeyes*, cuyo distintivo era una cola de caballo.

Todos estos funcionarios eran ante todo los jefes militares de sus respectivos distritos y al propio tiempo los jefes superiores de la administración civil y de la justicia. Debían cuidar de la conservación del orden y de la seguridad pública, del ingreso puntual de las contribuciones é impuestos, y de la buena administración de justicia. Cuando el imperio llegó á su mayor extensión, que fué en el reinado de Soliman II, se dividía en 21 gobiernos ó capitánías generales que juntos se componían de 250 provincias ó *sandyacatos*. Esta organización tenía dos objetos: conservar el vasto imperio bien defendido en el interior y en el exterior, y disponer siempre en el centro y en los confines de tropas aguerridas y buenos jefes para emprender en cualquier instante nuevas conquistas. Esta división territorial, militar y administrativa se enlazaba con un sistema feudal especial turco. Cada país nuevamente conquistado era dividido inmediatamente en banderas y sables ó sea en feudos mayores y menores; los primeros se llamaban *siamet*, y los segundos *timar*, y en esta última clase estaban comprendidos los mas pequeños hasta el límite de 20,000 ásperes de renta anual (5,000 reales). De esta manera quedó entregado todo el imperio á una aristocracia guerrera que al mismo tiempo servía de trama y base robusta, enérgica y rica á una población turca que se iba reuniendo bajo el amparo de los feudatarios y aumentaba así en todas ocasiones los elementos militantes. El *timar* ó feudatario de un *sable*, que daba una renta anual de solo 3,000 ásperes, debía tener siempre á disposición del sultan un soldado de caballería armado ó *spahi*, y por cada 5,000 ásperes otro soldado mas. Por término medio se calculaba que el sultan sacaba de cada *timar* dos, y de cada *siamet* quince jinetes armados. De esta manera el imperio turco en su mayor auge podía disponer en un momento y desde el primer aviso de 80,000 hombres de armas montados, apurados por los feudatarios de Rumelia y Morea, y de 50,000 de las provincias del Asia Menor. Para que se reuniera esta fuerza bastaba una orden del sultan á cada *beglerbeg*, que á su vez avisaba á sus sub-

governadores ó *beyes* de cada *sandyacato* y estos á los feudatarios de sus respectivas circunscripciones. La gran ventaja de este sistema feudal era que nunca podía dar lugar á ninguna aristocracia hereditaria, porque los hijos de los feudatarios mas ricos recibían á lo mas un pequeño feudo ó *timar* de unos 5,000 ásperes de renta anual, y si ambicionaban mas, debían ganar los aumentos con méritos sucesivos.

Además de estos ejércitos de contingentes de una aristocracia territorial numerosísima; además de las innumerables masas de tropas de caballería irregular que se reclutaban entre los propietarios mas humildes; además de los *akindchies*, que no tenían otra recompensa sino el botín que la fortuna de la guerra les podía proporcionar; y de los *azapes*, soldados de á pié que se empleaban en la guerra ya en los trabajos de fortificación y otros de este género, ya en los buques en calidad de remeros, y eran apurados por las poblaciones que les pagaban un sueldo, bien que insignificante; además de todos estos elementos contaba el imperio turco con una fuerza armada permanente, formidable y numerosa, á la cual nada equivalente, ni siquiera análogo, podía oponer ningún país cristiano, fuerza que Mahomed II aumentó hasta un número verdaderamente inmenso. Este ejército permanente fué la primera infantería regular, disciplinada, y extraordinariamente eficaz que se ha conocido en Europa, y la que mas contribuyó á la superioridad de las armas turcas. El núcleo de esta infantería fueron los *genizaros*, cuerpo terrible que, como ya hemos visto, á cada conquista que hacia el feo é inflexible Mahomed II, recibía millares de jóvenes y adolescentes cristianos en sus filas, reclutados por el sistema inicuo y férreo de que hemos hablado.

En tiempo de los eminentes soberanos del primer periodo del imperio turco, debió de ser bastante tolerable la situación de los súbditos que no profesaban la religión de Mahoma; pero el principio político fundamental, base de este imperio, fué ante todo la conquista, el dominio y la explotación de los pueblos no mahometanos. A este fin se encerraban los sultanes dentro del marco de hierro de su especial sistema feudal; este y no otro era el objeto que inspiraba todas sus disposiciones gubernativas. Entre estas disposiciones, la mas eficaz y sencilla, pero también la mas infame, era la *quinta de los niños*, perfectamente organizada y ejecutada con mano inflexible, y de la cual solo estaban exentas algunas localidades privilegiadas. Con ella los sultanes, no solamente cubrían las bajas de sus ejércitos y aumentaban principalmente el arma de *genizaros*, sino que escogían los jóvenes de mas talento, después de haberlos mahometizado completamente; y educándolos bajo la dirección de maestros turcos, segun un plan sencillo y severo, con los mejores recursos de instrucción que ofrecía el mundo mahometano, sobre todo en Turquía, los empleaban en la administración, ya fanatizados en favor del islamismo y del sultan. En efecto, la Puerta de generación en generación ha sacado de esta quinta y de la consiguiente educación musulmana muchísimos de sus mejores hombres de Estado y empleados altos y bajos. A estas ventajas se agregaba otra, tan terrible para los pueblos vencidos como trascendental para el imperio de los sucesores de Osman; y era que todos estos niños mas robustos y mas inteligentes quedaban para siempre separados de su raza, de su nacionalidad, de su religión y de sus familias, de las cuales habrían podido ser sostenidos y acaso mucho mas.

La quinta se efectuaba de la manera siguiente: De cinco en cinco años recorrían las provincias cristianas muchos destacamentos turcos mandados cada uno por un capitán, provisto de una orden firmada por el sultan que le mandaba efectuar la quinta de los niños. En cada población del distrito que le tocaba visitar, el jefe del destacamento mandaba

reunir á los habitantes de todo el radio con sus hijos varones. De estos últimos sacaba el oficial turco los mas hermosos, robustos é inteligentes, desde la edad de siete años hasta la de la pubertad, escogiendo con corta diferencia la quinta parte, y los enviaba como esclavos del sultan á Constantinopla. Allí iban á parar también las grandes masas de niños que los generales victoriosos del sultan robaban en sus expediciones sin mirar nacionalidades, enviando niños polacos, checos, rusos, italianos y alemanes.

Los que no resultaban aptos para destinos que requirieran instrucción y talento, eran destinados al reemplazo del ejército que sin estos recursos no habría podido resistir las bajas espantosas que segun hemos visto sufrió en las interminables y grandes guerras que llenaron el reinado de Mahomed II. Cuando estos niños se hallaban en edad de llevar las armas y soportar las fatigas de la campaña, eran ya por efecto de la educación calculada mahometanos fanáticos y á mas sanguinarios. Una pequeña parte fué alistada en la guardia de á caballo del sultan, los *spahis*, que recibían sueldo fijo; y el resto que era la mayor parte entró á servir en los regimientos de *genizaros*. Estos estaban alojados en cuarteles y sometidos á la disciplina mas severa y á un régimen excesivamente frugal, casi monacal. Dividíanse por edades, obedeciendo los mas jóvenes siempre á los de mas edad; y durante los reinados de todos los sultanes hasta Soliman II, les estuvo prohibido contraer matrimonio legal. Solo después del reinado de Soliman II empezó á caer en desuso esta prohibición. En la capital del imperio estaban los cuarteles de los *genizaros* en la parte occidental de la ciudad, en la depresión del terreno que formaba el lecho del arroyo Lico entre los barrios Atik-Alí-Bajá y Ak-Serai, cerca de la mezquita de Orta-Dchami, en la plaza de la Carne (*Etmeydan*). Mahometanos fanáticos, y sabiendo que solo con el talento y el mérito contraído en la guerra podían ascender, fueron los *genizaros* los soldados mas terribles y mas impetuosos de los sultanes. En su orgullo, lo mismo ellos que sus compañeros de caballería, tenían decidida repugnancia á sufrir en sus filas turcos de nacimiento; pero los *spahis* podían ascender á los mas elevados puestos de la milicia; de ellos se nombraba también el agá de los *genizaros*, y tenían además la ventaja de que sus hijos recibían feudos menores ó *timares*.

El pueblo turco con la absorción y asimilación de las varias ramas del mismo tronco y con los muchos renegados europeos voluntarios que se le habían agregado formaba una sola masa homogénea, en la cual solo se destacaron posteriormente los albaneses y los bosnios nobles convertidos al islamismo. Su fuerza y lozanía, mas que en ningún otro ramo de la actividad humana, se manifestaban en la guerra, á la cual su índole y la organización del imperio le inclinaban con predilección por poco que se prestaran á ello las circunstancias. La caballería estaba perfectamente montada; sus caballos eran fogosos, resistían fácilmente todas las fatigas y eran tan aptos para la guerra de montaña en terrenos escabrosos como para las marchas y acciones en los llanos. Los *timares* y sus soldados, que como contingentes feudales no recibían sueldo, llevaban arco y aljaba, puñal, sable y lanza, y á menudo también mazas de hierro, tan temidas por sus enemigos, como sus flechas. Ni los antiguos partos eran mas diestros que estas tropas en el manejo del arco á caballo. La caballería asiática usaba con preferencia arco y venablo y la de Rumelia lanza y escudo. Los *spahis* á sueldo se distinguían por una banderita que llevaban en los extremos de sus largas lanzas, y además de hacha de guerra, usaban con rara destreza la cimitarra sarracena. Los cascos de hierro y las cotas de malla apenas eran usados en la caballería, que no tenía generalmente mas armas defensivas que el turbante y el es-